

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

7. MALAS INTENCIONES

A FUERZA de empujones sabiamente calculados por Mendoza, el joven Dorteros ascendió las escaleras de la Jefatura, entre tropiezos de diversa entidad.

En uno de éstos estuvo a punto de perder los anteojos, que le quedaron colgando de una oreja; por fortuna logró pescarlos al vuelo, antes de que lo irremediable se consumara. Aprovechó entonces para sustituirlos por los oscuros: esa entrada forzosa, a plena luz del día, era por demás humillante... Mendoza, a quien no le pasó desapercibida la maniobra, dejó escapar una risotada sarcástica, con lo que el mondadientes que se le balanceaba a un costado de la boca vaciló peligrosamente.

—¡Fichame a éste, Rodríguez! —ordenó al sargento de guardia.

Juan Carlos, en tanto procuraba arreglarse las ropas, aún bajo los efectos del último apremio de Mendoza, protestó con calor:

—¡No pueden ficharme! ¡No soy ningún acusado!

—¡Ah! ¡Pero tenés una cara de sospechoso!... ¡Tomale las huellas, Rodríguez!

Juan Carlos escondió las manos detrás de la espalda.

—¡Es inconstitucional! —clamó.

—Si te gusta más de este otro modo... —Mendoza se encogió de hombros. Una de sus manoplas desprendió el juego de esposas que llevaba al cinto—. ¡Traé acá esas manitas blancas, Filip Marlou!

No habría resultado fácil impedir que el otro llevase a cabo sus propósitos, razonó Juan Carlos. Mejor someterse por el momento. ¡Ya se las cobraría todas juntas algún día!

—Está bien. —Le tendió las muñecas—. ¡Pero esto se va a ventilar a nivel judicial! ¡Unnh! —y se mordió los labios a causa del pellizco del broche, que desde luego pasó por accidental.

—Ahora, si te portás juicioso —se burló su opresor—, a lo mejor salís de todo esto con la ropita limpia... ¡Rodríguez! —voceó—. ¡Entintá bien esa maldita almohadilla, que no quiero impresiones confusas!

A PRETANDO bien la boca para reprimir la primera sarta de palabrotas que habría disparado desde que dejara la Universidad, Juan Carlos se armó de paciencia. ¿Y después?, se preguntó. ¿La foto con los numeritos, para el prontuario?

—¡Uupa..., mil perdones! —Mendoza disolvió sus palabras en un tono de afectada disculpa.

—*¡Hijo de...!* —Juan Carlos clavó los dientes en el labio inferior casi hasta sangrar.

Otro “accidente”: un movimiento pretendidamente torpe del brutal teniente envió la almohadilla recién entintada contra la camisa de Juan Carlos. *¡Y era la única blanca que tenía!*, se lamentó el joven para sus adentros, mientras el aturdido sargento Rodríguez se agachaba para recuperar su implemento de trabajo.

Mendoza se cruzó de brazos, inclinada la cabeza hacia un lado.

—¡Tch, tch, tch! Habrá que mandarla al lavadero... ¡Una pena, m’hijo!

—*¡Mendoza!*

Fue un trallazo sonoro. El macizo policía se volvió como movido por resortes. ¡No recordaba haberle oído un tono tan imperativo a Callaza desde que lo conociera!

—¿Sí, comisario?

—¿Quién le dijo que procediese así? —El jerarca señaló a Juan Carlos, que estudiaba el manchón de su camisa con aire acongojado.

—Es... el procedimiento de rutina, señor. Yo solamente...

—¡Basta! ¡Repórtese a su superior inmediato! Incurrió en abuso de funciones..., ¡y me consta que no es la primera vez! ¡Hay sanciones muy severas para esa falta, Mendoza!

E L INCULPADO entornó los ojos. Al encarar a su comisario, no se preocupó por disimular la pobre opinión que le merecía la graduación escalafonaria.

—¿No le parece que está llevando la cosa un poco lejos?

Callaza enrojeció. Su amigo Dorteros, a su lado, no atinaba a intervenir. El sargento de guardia, con ojos como pelotas de ping-pong agujereadas, se había quedado inmóvil, siempre sujetando con fuerza la mano derecha de Dorteros hijo, apenas a medio centímetro por encima de la almohadilla embadurnada. La izquierda ya había sufrido la pringosa indignidad.

Todo el mundo se hacía lenguas de la proverbial mansedumbre de Callaza, sobre todo en los últimos tiempos, luego de su herida. Sin embargo —y esto sólo obraba en conocimiento de unos pocos—, sus raros accesos de ira podían hacer temblar al más pintado.

No alzó la voz ni se alteró visiblemente. Se limitó a acercarse a Mendoza y aferrarlo por un hombro. Sus delgados dedos apretaban con más fuerza de la imaginable. La protesta del teniente se ahogó en su garganta, al toparse sus ojos con la mirada de Callaza.

—**N**O OÍ BIEN lo que decía, teniente. ¿Quiere repetírmelo?
—Yo... —Mendoza tosió, desviando la vista—. No, nada, señor.
—Bien. Cumpla con sus órdenes, entonces.

La tensión se aflojó. Una docena de pesados pasos condujo al teniente Mendoza a la habitación contigua, cuya puerta golpeó a sus espaldas. El sargento Rodríguez cerró con un chasquido la boca, que mantuviera abierta durante todo el desarrollo del incidente, y soltó la mano de Juan Carlos. Luego se vio imposibilitado de esbozar siquiera otro movimiento.

Dorteros ya estaba junto a su muchacho. Le ofreció una estopa embebida en “thinner”, que el joven usó convenientemente.

—Gracias, viejo.

Los ojos de Dorteros chispearon.

—¿En qué juerga te sorprendieron a vos?

—¿Juerga? —rugió el hijo—. ¡Preguntásele a tus amigos de azul!

Callaza terció, calmoso:

—A mi despacho, los dos. ¡Sargento!

—¿Diga, mi comisario?

—Vaya a conseguir la llave de las esposas.

Ya dentro de su habitáculo, Callaza invitó a sus huéspedes a sentarse. ¡Lástima de camisa!, se dijo, al mirar de cerca el estropicio. Habría que poner en vereda al tal Mendoza.

—¿Hubo algo personal en esto? —demandó.

—Bueno, ¡la verdad...! —el acento airado de Juan Carlos se interrumpió de súbito, al sorprender una seña de su progenitor—. Este... No, Callaza. No pienso hacer acusaciones; quédese tranquilo.

—Mejor así... ¿Y cómo te ha ido, muchacho?

—Bastante bien, de no ser por... —Sonrió con cierto embarazo—. ¿Desde cuándo no nos veíamos?

—Tendrías como diecinueve, me parece.

—¡Mire que ha pasado tiempo, eh!...

Lo banal de la charla resultaba incongruente; pero Juan Carlos creyó comprender que su padre le indicaba ese camino. ¡Ya sabría él por qué!

—Tenemos bastante que hablar —dijo Callaza en tono grave, al cabo de una pausa—. ¿Ya se te informó del motivo de tu arresto?

—¡Ni idea! Bueno —se apresuró a añadir—, posiblemente esperaban que fuese usted mismo el que...

—Dejémoslo así —contemporizó el comisario—. Oíme bien: estás señalado como sospechoso de homicidio. ¿Entendés lo que te estoy diciendo?

Hubo un tintineo de las esposas, al pararse de golpe Juan Carlos.

—¡¡Quéé!!

—Tomátelo con calma, por favor —aconsejó su padre. Se volvió a Callaza—: ¿No le iban a sacar eso de las muñecas?

En tanto Callaza, asomado a la puerta del despacho, requería a gritos a Rodríguez, Dorteros notó que su hijo había caído de nuevo en su silla, enterrando la cara entre las manos aún engrilladas. Creyó oírlo sollozar, lo cual no dejó de conmoverlo, de manera que fue a ponerle la mano en el hombro para consolarlo.

Entonces el joven levantó la vista hacia él, y pudo advertirse que en realidad estaba riéndose quedamente.

—Esta mañana —murmuró, en medio de un espasmo histérico— pareció que el día prometía... *¡Pero se las arregló para convertirse en el peor de mi vida, viejo!*

LO PRIMERO que distinguió al abrir los ojos fue la difusa franja blancuzca causada por la luz exterior, al colarse por entre la hoja de la puerta y el marco.

En la pieza estaba muy oscuro. ¡Debía pasar de las ocho!... Se movió con precaución bajo la raída frazada, hasta ponerse de cara al techo. Le dolía todo el cuerpo. Con seguridad se habría dormido en mala posición, y así había quedado por casi tres horas. Solía caer en sopores como ése después de cada ataque de rabia: ya se conocía.

—Pero que me conozca no significa que me quiera, claro...

Sumido en las tinieblas, Raskowsky rumiaba una vez más acerca de la inutilidad de su existencia. Era cada vez más obvio, pensó, que su madre no lo había echado al mundo por ninguna razón que no fuese la de deshacerse de aquel molesto bulto en la barriga... ¡Y lo hizo con tan poco entusiasmo! Sacó una caricatura de hombre: encorvado, casi enano, magro de carnes y medio retrasado mental..., o al menos ésa era la opinión generalizada.

—Tendría que levantarme para ir a la panadería...

¿Pero a santo de qué? ¡Mejor se quedaba donde estaba, corrido hasta el otro día! ¿Qué ganaba con levantarse ahora? En realidad no le entusiasmaba gran cosa la perspectiva de

masticar alguna bazofia infame, nada más que por la costumbre de hacerlo día a día... La sensación de tibieza que le brindaban las mantas era agradable: como habitar en una cuevita propia, a salvo de todo tipo de inclemencias.

—¡Si pudiera escribir algo, por lo menos!

Pero no tenía con qué: ni pensar en una máquina, aunque fuese de segunda mano; y en cuanto a escritura “artesanal”..., ¡le daban vergüenza los garabatos que le salían!

—¡Estoy cada día más aléxico! ¡Un chiquilín de escuela hace mejor letra!

A Lucy, sin embargo, siempre le habían gustado sus versos... Como aquel que decía, más o menos:

*Sólo otro drama existe
cual el nuestro, mujer:
el del payaso triste
loco por la écuyère...*

ERA DEDICADO a Esmeralda, por supuesto. Pero ella estaba demasiado apurada por correr a reunirse con el galancito de turno, y ni se había parado a echarle una ojeada... Lucy García, en cambio, ¡pobre chica!, feúcha y calladita como era, se lo elogió muchísimo. Tanto, que acabó por regalárselo a ella.

—¡Lucy era amiga mía! ¿Por qué tuvo que...?

Charlaban a veces, y la muchacha siempre lo había tratado con cariño, sin reírsele en la cara de sus manías (él no negaba que las tuviese, no; pero ¿qué derecho tenían los demás a inmiscuirse en su vida privada?); incluso le había hecho tantas confidencias... ¡Chica rara, ésa! En ocasiones hablaba con las limpiadoras (Raskowsky sabía que la habían querido mucho, porque se interesaba por sus problemas, sus familias, sus romances... Ellas debieron ser quienes más lloraron su muerte, se dijo), y también con el sereno. A veces, todos ellos juntos, cuando no había nadie más en la oficina, tomaban té y conversaban ¡de tantas cosas! Entonces Raskowsky la veía parlotear como cotorrita y reír con ganas; le brillaban los ojos, y casi se ponía linda...

Con otros compañeros de trabajo era distinto. No porque antagonizase a nadie: ella simplemente no hacía amistades. Como si la gente la asustara... Sin embargo, no se sentía a disgusto con él, y leía todos sus escritos, como si...

Súbitamente, el cuerpo de Raskowsky se puso rígido bajo las sábanas.

—¡Mis escritos! —susurró roncamente—. ¡Quedaron en la oficina!

Lo sobrecogió la angustia, y el miedo le provocó temblores espasmódicos. Entonces sonaron varios golpes en la puerta.

A QUELLO lo hizo saltar sobre la cama.
—¿Qué pasa? —barbotó—. ¿Qué quieren?

—¡Lo buscan de su oficina! —le gritaron a través de la puerta.

—Pero... ¡si estoy suspendido! —arguyó, con labios trémulos.

—¡A mí que me cuenta! ¡Haga lo que quiega!

Silencio. Raskowsky aguzó el oído. ¿Sería una gracia de la maldita vieja de al lado?... Pero oyó que alguien más lo llamaba.

—¡Ya voy! —contestó entonces, en falsete—. ¡Un momento!

La ansiedad le retorció las facciones. ¡No podían hacerle esto! ¡Y a esas horas de la noche! Todavía le quedaban dos días de suspensión... Empezó a vestirse, sobre el pijama puesto, tras haber encendido la luz del techo.

Sujetándose los pantalones con la mano, para no perder tiempo en enhebrar el cinturón, acudió a abrir.

—Buenas noches.

—Bue... buenas noches... ¿Qué dese...? ¡Ah! —Raskowsky pestañeó, medio cegado por la luz del foco exterior, a la que se superponía en parte una oscura silueta—. ¡Era usted! Disculpe, en un primer momento no lo...

—¿Me permite...?

—Sí, sí, sí. Adelante... ¡No se fije en lo revuelto que está esto!... —y cerró tras ambos.

—Perdone que lo moleste, pero se trata de algo urgente.

—¿Viene por lo de mi sanción? —inquirió Raskowsky, temeroso.

—No, es un asunto personal. ¡Quiero hablarle de Lucy!

Los ojos de Raskowsky se agrandaron.

—¿Supieron algo nuevo?

—No, por desgracia... ¿Me puedo sentar?

—¡Sí, sí, claro! Esa silla está bien...; yo me siento acá, en la cama.

Los viejos resortes gimieron bajo el peso de Raskowsky. Este se sentía curiosamente excitado, como al filo de alguna revelación sensacional. Estiró el cuello, igual que una gallina en procura de ración.

—Sé que usted y Lucy eran muy amigos —dijo el visitante.

—Sí, sí, sí. —Raskowsky balanceó varias veces la cabeza, arriba y abajo—. Sí, nos llevábamos bien, pobre... ¿Pero por qué le...?

—¿Ella le tenía confianza? ¿Le contaba... sus cosas íntimas?

Raskowsky se envaró. Un soplo gélido le rozó la base de la espalda. ¿Por qué se había puesto *espeso* el aire, de repente?...

REBECA Horowitz palideció de rabia. ¡Mucho le había aguantado al tal Raskowsky; pero esto de ahora colmaba la medida! Bastante paciencia tuvo siempre con sus locuras: eso de hablar solo o canturrear de madrugada, cuando la gente bien quiere dormir, era una cosa... ¡Pero no le iba a tolerar alaridos de esa clase!

Casi se parte los nudillos artríticos contra la pared.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Basta de escándalos ahí! ¡Esta casa es decente!

A modo de respuesta, un aullido que le puso los pelos de punta.

—¡Se está buglando, eh! ¡Pego ahoga me va a oig!

Arrebujándose en el chal (¡tampoco era cosa de arriesgarse con los primeros fríos!), se lanzó fuera de su cuarto, a cantarle cuatro frescas en su propia cara al insolente... Sufrió una desagradable sorpresa: alguien, que salía como alma condenada, estuvo a punto de derribarla. ¡Jehová bendito! ¿Dónde estaba el respeto a las canas en estos tiempos locos?

—¡Eh! ¡Qué bgutalidad!

—¡Salga del paso! —y la fugaz visión de un elegante abrigo negro y un par de gafas oscuras cruzó como una exhalación delante de los ojos miopes de Rebeca Horowitz.

—¡Habgáse visto! ¡Ogdinaguio como...!

Se acomodó el chal, con el donaire de una Romanoff, y reasumió su propósito inicial. ¡No era propio de su carácter dejar así las cosas, no!

Llamó a la puerta de Raskowsky. Sólo dos golpes: no tuvo dónde dar el tercero.

—Pego... ¡se abguió sola! —murmuró, estupefacta.

Lo que la esperaba adentro iba a perseguirla hasta su lecho mortuorio, quince años más tarde... Según relataba después, el corazón dejó de latirle, sufrió un vahído y se quedó sin voz para gritar.

—¡Dios de Abgaham! —comentaba—. ¡No sé cómo no me infagté ahí mismo!

Bajo la mortecina luz de una bombilla, que oscilaba al extremo de un cable, el desmedrado cuerpo de Jorge Raskowsky, tendido en la cama, agitaba espasmódicamente sus miembros, mientras los ojos se le saltaban de las órbitas y un quejumbroso gañido hacía burbujear la mezcla de saliva y sangre que fluía de su boca retorcida...

¡Y en el centro del tórax, una diminuta marejada carmesí anegaba la chaqueta del pijama y ascendía en torno al negro mango del cuchillo que lo clavaba al colchón!

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

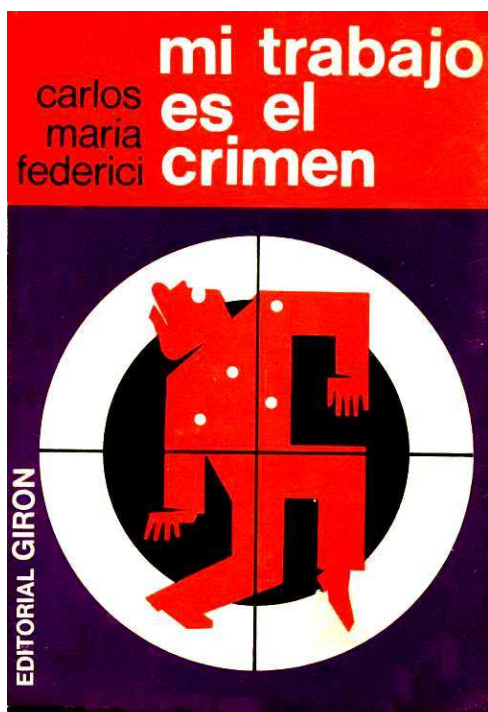
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



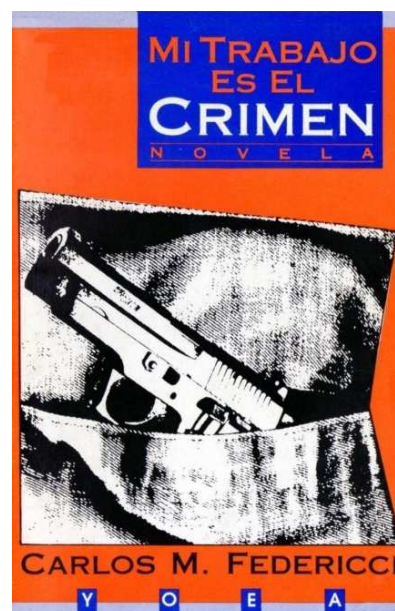
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

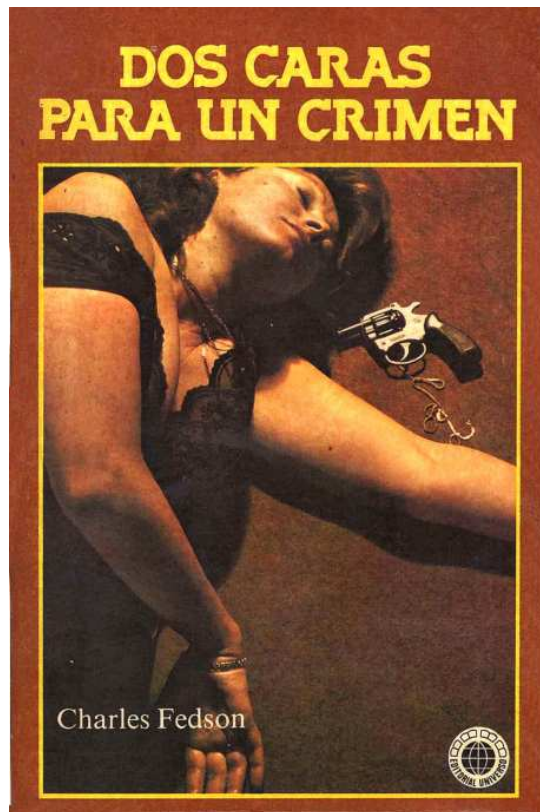


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

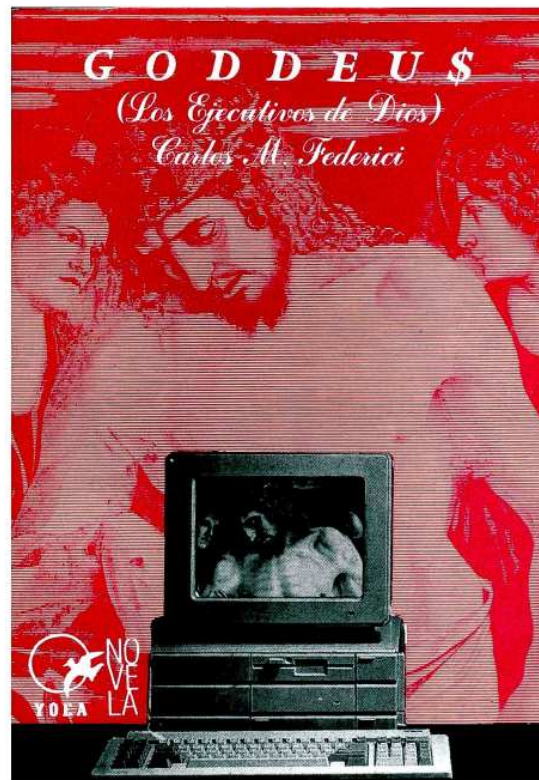


Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989